

escote

(*Por Sandra Russo*) Me las hago. No me las hago. Me las hago mucho, un poco, apenas. Un toque. Necesito un toque acá. A ver este solero cómo me queda. Un horror. El año pasado me quedaba bien. ¿Cuántos años pasaron desde el año pasado? ¿Estas son las mías? Loli tiene razón. Después de los treinta las mujeres somos como los perros. Por cada año parece que pasan siete.

Yo me las hago. Es una situación insostenible, miralas. Y además odio los remerones, las camisolas, esa onda jipi. Este verano hay que usar lycras, vestiditos ajustados. ¿Y a éstas dónde las meto? A ver este top. God. Imposible. Yo me las hago.

Loli dice que no sufrió nada. Cuatro horas de anestesia local, un viajecito por el espacio. Dice que el cirujano era un amor, que quedaron reamigos. Mecha dice que no. Que estallan, que se deshacen, que si una hace un esfuerzo una puede quedar más arriba que la otra, que te tocan y no sentís nada, que te quedan cicatrices, que es como tener un chicle adentro, que son gelatinosas, resbalosas, pringosas, pero a mí qué me importa con tal de que estén paradas.

Mecha me tiene podrida. Dice que me autoayude y me autoestime. Y bueno. Yo me autoayudo y me las hago. Y ya que estoy, mirá estas caderas. Como una miga de pan y se me va a las caderas. A ver este shorcito. ¿No ves? No cierra. Loli dice que a ella le aspiraron la grasa y que quedó como de veinte. Yo no pido de veinte. De veinticinco me conformo. Cuando una se decide conviene todo junto. Y que no me apuren, porque mirá estas patas de gallo. No digo un lifting, porque es too much. Pero unos hilitos de oro me dejarían como nueva.

Loli dice que no hay que tener vergüenza de querer estar mejor. Mecha dice que con jugos de frutas y brócoli y esa mierda de verdurita que come todo el día te mejora la piel. Pero ¿a quién le importa la piel de una mina con las tetas caídas, la cadera llena de grasa y las patas de gallo colgándole de la cara? Ma sí, yo me las hago. Pero eso sí. Le voy a dejar bien clarito al cirujano que quiero apenas un toque, algo natural.

Sade

La idea de considerar el consultorio médico como moderno sucedáneo de la sala de tormentos es, casi, un sentimiento compartido por todos los mortales. Pedro B. Rey (Buenos Aires, 1967) es un poco crítico de cine, un poco de música, algo de traductor, tiene varios libros en preparación, admira a Peter Carey y Marcelo Cohen y será próximo editor de una revista literaria. Mientras tanto y hasta entonces, explora aquí el miedo a entregarse a fondo y –por qué no– el placer de intuir que ya nada depende de uno.

Por Pedro B. Rey

Pensé que tenía que quedarme boca abajo, pero no: como siempre, me equivocaba. Me hizo girar y exhibirle mi cuerpo desnudo de frente. Intentaba descubrir dónde estaba la falla. Antes, el doctor (un tal Yin Lutang, o algo así) había apoyado sus dedos gélidos sobre la espalda, los glúteos, los gemelos, había presionado con una suavidad perversa tratando de descubrir el itinerario de los meridianos, pero ahora me había dicho, con su acento nasal y casi incomprensible, simplemente eso: que me diera vuelta.

Tiene su cara rasgada inclinada sobre la mía, a centímetros de distancia, apoya sus pulgares en los párpados y los extiende, examina el iris detalladamente, como si mis ojos hablaran por sí solos y describieran todos los males del cuerpo. A tan escasa distancia, puedo sentir su aliento amarillo. Después recorre en sentido descendente aquel camino, clavando sus uñas sobre mi pecho, vientre, ingle, pantorrillas. Me examina los bíceps y suspira. Me golpea los codos con un martillito que parece de juguete. Mis brazos reaccionan a destiempo. Los nervios están desfasados.

Va hacia un rincón, prende un cigarrillo –siempre pensé que los acupunturistas detestaban el tabaco–, inspira con fuerza. Con un gesto me indica que va a buscar algo y volverá enseguida. Levanto la nuca y miro el cuerpo depilado de pies a cabeza extendido sobre la camilla, tan quieto como el de un ahogado. Apenas logro ver bien el pecho lampiño y la punta de los pies. Todavía siento las marcas de sus huellas digitales sobre la piel. Arden como el ácido.

Recién después de una serie de minutos interminables vuelvo a oír sus pasos. Son fáciles de reconocer porque se arrastran como los de un reptil. En los primeros instantes, giro la cabeza tratando de no mirarlo a los ojos. Me inhiben. En sus manos trae una larga caja metálica que reluce como un espejo. La apoya sobre una mesa de plástico que está junto a lapileta en que se lavó las manos antes de insertarlas en los guantes que tiene puestos en este momento. Ya no tiene el cigarrillo.

Puedo oír un tintineo metálico, una orquesta de triángulos que tocan su obra dodecafónica en el soberbio estuche de acero. De repente su mano vuelve a hundirse y pesca una larga vara puntiaguda. Es lo más parecido que vi en mi vida a un espolón en miniatura. Con la mano libre atrapa un paño, lo empapa en alcohol y empieza a frotar la aguja como un samurai preparándose para la batalla.

Me dice que es la mejor manera de desinfectar. Lo veo deslizar el trapo de arriba hacia abajo, de abajo hacia arriba y siento unas ganas imperiosas de salir corriendo, atravesar la puerta del consultorio, totalmente desnudo, bajar las escaleras y alcanzar los ruidos de la calle. Pero la adrenalina me anestesia los músculos. No en vano estoy acá, pienso, porque ya casi no me responden.

Inerme, un cadáver en la morgue que vibra levemente de terror, lo veo acercarse en cámara lenta y levantar el instrumento. Mide el lugar, vuelve a tantear el sitio preciso, hace una marca en forma de equis, me pide que me relaje. Si se tranquiliza no va a doler, me dice, aspirando las vocales.

Respiro hondo, hago un esfuerzo por desvelarme, por abandonar este sueño cruel. Abro los ojos y veo cómo, suave, imperceptiblemente, la aguja se hunde en mi plexo. Empieza a vibrar en su punto de apoyo y con ella todo el torso. El doctor se inclina sobre mí con todo su peso, hace palanca y mediante un empujón seco logra erradicar el movimiento epileptoide. Me mira, seguramente tratando de descubrir alguna reacción de mi parte. Me dice que se introdujo perfectamente, según los planes, y que hay que esperar un rato. Tiene que decantar, me aclara, críptico.

Desde mi posición examino disimuladamente la estaca que me inutiliza, mientras en segundo plano oigo sus pasos que abandonan la habitación.

El tiempo pasa sin novedades y el instrumento empieza a producirme un dolor que crece a intervalos regulares. Por ahora es apenas el cosquilleo de una herida que cicatriza. Se abre una puerta, pero no la que yo esperaba. Es una mujer de ojos rasgados, bastante joven y atractiva. Como corresponde a una buena discípula, dos palillos entrelazados le sujetan el pelo formando un rodete que deja al descubierto dos orejas perfectas. No se sorprende al verme completamente desnudo. Se para delante mío y me examina con la vista. Me pregunta, afirmando, si es un caso grave. Le digo que a ciencia cierta no lo sé. Me toma el pulso y me dice que estoy sudando, si me siento bien. Por un instante me parece que la aguja empezará, de un momento a otro, a surtir efecto y tendré una erección. Pero no. Nada de eso ocurre. La mujer agarra un paño frío y me moja la frente. Parece el Ecuador, me dice. Le digo que sí, es cierto. A esa altura de las circunstancias ya perdí la vergüenza. Cuando se aflojan los dos botones superiores de su guardapolvo azul, creo que también va a empezar a sacarse la ropa. Me gustaría verla desnuda. Es demasiado flaca y sin curvas, pero no me importa.

Va a la pileta, llena un vaso de agua y mirando por la ventana bebe con parsimonia. Los ruidos del tránsito se mezclan con el silencio artificial de la habitación. Eructa delicadamente y sin decir más nada sale por la misma puerta por la que había desaparecido el doctor, que todavía no ha vuelto.

Oigo el chirrido de rueditas que crepitan contra las baldosas. El hombre de las agujas regresa arrastrando una camilla alternativa y la coloca en un rincón. Saca algo de una caja y se lo lleva a la boca. Después no lo veo masticar.

Agarra la jabalina en miniatura que sigue en su lugar y la remueve como si estuviera buscando un pozo de petróleo en mis entrañas. Doy un gritochiquito, de mosquito aplastado. ¿Duele? me pregunta. Le contesto que siento como si alguien me estuviera torciendo los huesos con una tenaza.

Me dice que es el primer paso, que la primera aplicación es siempre la más dolorosa. Va a haber más, me pregunto a mí mismo, la carne de gallina. Me causan demasiada impresión los pinches. Odio las inyecciones. La cirugía, el olor a espadol, las camillas.

Me dice que ahora es el momento de trabajar las rodillas y me pide que eleve las piernas con cuidado y lentitud. Casi no puedo moverlas. Parezco un paralítico.

Sus guantes entalcados me ayudan a ubicarlas en la posición que él quiere, mientras los huesos crujen como madera balsa. Me instiga para que acerque una rótula a la otra y las vuelva a separar. Es un ejercicio dolorosamente insoportable.

Las ubica a su conveniencia. Con un centímetro mide la distancia entre una y otra y me pide, por favor, que no las mueva en lo más mínimo.

Cuando veo las agujas, creo que las piernas empezarán a temblar por sí solas, lo quiera yo o no. Son más pequeñas que la anterior –todavía anclada en mi plexo– pero verlas juntas produce la ilusión de que se trata de los aguijones de un escorpión. Apoya un codo en la rodilla derecha, mientras tantea con la punta el lugar donde va a hundirla.

Sin sentir nada, veo aparecer la punta aguzada por el otro extremo y agradezco mentalmente su pericia. Después va hacia la rodilla izquierda y sigue meticulosamente los mismos pasos. Tampoco siento nada.

Cuando ya calculaba que todo había terminado lo oigo decir que lo que viene es lo más difícil. Empieza a empujar ambos objetos metálicos a la par hasta tocar la pierna contraria y, ahora sí sin delicadeza alguna, hace que la aguja de la derecha atraviese la rótula izquierda y viceversa. Siento un punzón terrible que me acelera la sangre. Me muerdo la lengua con fuerza y un hilito de algo dulce y espeso me tiñe los dientes. Los miembros quedaron engarzados, en exposición, como piernas de cordero en un matadero. Vibran levemente en su lugar, con vida propia. El doctor apoya los dedos en los gemelos y aprieta en busca de alguna reacción. Veo que tiene unos alfileres corrientes en la boca y empieza a clavarlos en los músculos posteriores, definitivamente tensos, como un experto en vudú. Se deshace por lo menos de veinte, diez por pierna.

Sin decir nada, inicia su camino hacia la puerta.

Las piernas tiemblan apenas, pero los ejes que las sostienen las obligan a mantenerse en su lugar. Tengo la ilusión de que también tengo los pies clavados a la mesa, como un cristo horizontal. Trato de ver sangre, pero no hay. Solamente esa especie de electricidad que se licúa en los puntos neurálgicos que señalan las placas metálicas.

La enfermera se asoma a la puerta, dibuja una sonrisa profesional y me pregunta si quiero un vaso de agua. Muevo el mentón en sentido afirmativo, pero pasan los minutos, la sed me quema la garganta y nadie, ni siquiera ella, me trae un poco del líquido ofrecido.

Afuera el sol ya no rebota contra los cristales con la fuerza del mediodía y un rectángulo de sombra empieza a formarse en el suelo, sobre las baldosas verdes y blancas de la habitación.

Hay roces detrás de la puerta, cuchicheos, carraspeos. Trato de imaginar al doctor observando cada uno de mis movimientos, como si a través de ellos pudiera averiguar exactamente qué es lo que le ocurre a mi anatomía. Hace por lo menos una hora que estoy en esta nueva posición y, de a poco, los

músculos empiezan a entumecerse. La sensación empieza a expandirse a partir de un punto y avanza concéntricamente, como el veneno al trepar hacia el corazón.

Tengo tiempo de razonar, de pensar en pedirle explicaciones a mi galeno, de exigirle que ya basta, que me extirpe esas agujas que me inmovilizan como si fuera un manojo de hierros retorcidos. En esas lucubraciones estoy, cuando descubro con terror que él está al lado mío. Me mira fijo, con una expresión gélida y homicida. Toma por las astas dos nuevas banderillas y, después de tirarme los brazos hacia atrás y pasármelos bajo la nuca, me unta con alcohol y me las clava en las costillas con la gallardía de un matador andaluz. Acto seguido lo veo ir deportivamente hacia la pared y desde ahí lanzarme una especie de dardo que se me incrusta en la base del cuello. Hace una pausa, enciende un nuevo cigarrillo –el segundo de la jornada– y, como broche, me coloca un par de anteojeras negras.

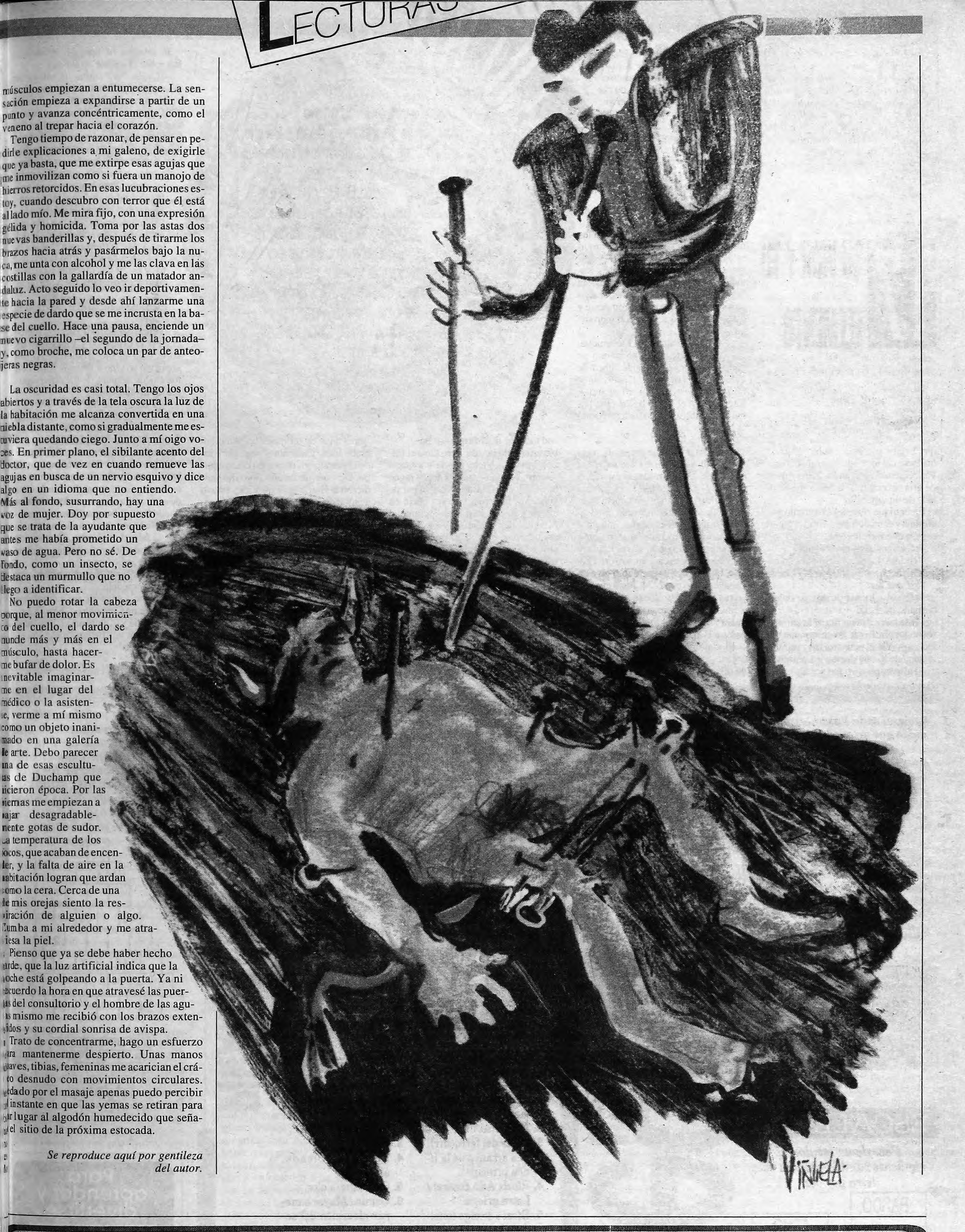
La oscuridad es casi total. Tengo los ojos abiertos y a través de la tela oscura la luz de la habitación me alcanza convertida en una niebla distante, como si gradualmente me estuviera quedando ciego. Junto a mí oigo voces. En primer plano, el sibilante acento del doctor, que de vez en cuando remueve las agujas en busca de un nervio esquivo y dice algo en un idioma que no entiendo. Más al fondo, susurrando, hay una voz de mujer. Doy por supuesto que se trata de la ayudante que antes me había prometido un vaso de agua. Pero no sé. De fondo, como un insecto, se destaca un murmullo que no llego a identificar.

No puedo rotar la cabeza porque, al menor movimiento del cuello, el dardo se hunde más y más en el músculo, hasta hacerme bufar de dolor. Es inevitable imaginarme en el lugar del médico o la asistente, verme a mí mismo como un objeto inanimado en una galería de arte. Debo parecer una de esas esculturas de Duchamp que hicieron época. Por las piernas me empiezan a bajar desagradablemente gotas de sudor. La temperatura de los focos, que acaban de encender, y la falta de aire en la habitación logran que ardan como la cera. Cerca de una de mis orejas siento la respiración de alguien o algo. Zumba a mi alrededor y me atraviesa la piel.

Pienso que ya se debe haber hecho tarde, que la luz artificial indica que la noche está golpeando a la puerta. Ya ni recuerdo la hora en que atravesé las puertas del consultorio y el hombre de las agujas mismo me recibió con los brazos extendidos y su cordial sonrisa de avispa.

Trato de concentrarme, hago un esfuerzo para mantenerme despierto. Unas manos suaves, tibias, femeninas me acarician el cráneo desnudo con movimientos circulares. Mareado por el masaje apenas puedo percibir el instante en que las yemas se retiran para dar lugar al algodón humedecido que señala el sitio de la próxima estocada.

Se reproduce aquí por gentileza del autor.



LA LUCHA CONTINUA

Por Juan Sasturain

Resumen: *El narrador, Pirovano, ex arquero que usa un guante izquierdo de guardavalla para ocultar un terminal electrónico, lleva una doble vida de extrañas aventuras. En la cúpula secreta de su edificio se convierte en Catcher, integrante de Magia, y establece contacto con Subjuntivo, su secreto mentor. Pero interrumpe Etchenique y decide contárselo todo.*

17 TU VIDA Y TU ELEMENTO

El veterano no me lo pidió pero le hice el brevísimo strip tease que se imponía. Me quité el guante izquierdo y le desnudé la mano mutilada: los dedos formaban una escalera irregular que bajaba y volvía a subir. El cono brillante del terminal emergía del mayor cercenado con un levísimo fulgor de gris encendido, como la brasa helada de un cigarrillo.

Etchenique observó el extraño panorama y él mismo me arrimó el guante para que me cubriera.

–¿Cuántos años tenía? –dijo.

–Treinta. La edad ideal para un arquero, dicen.

–¿Y qué hizo?

–Me volví loco: primero, de dolor; después, de furia.

–Está bien: a la locura se la combate con locura. Lo de los chinos son boludeces –dijo el veterano muy seguro, incluso de lo que decían los chinos.

–Tal vez, pero yo me pasé.

–¿De dónde se pasó? –Etchenique no me dejaba avanzar, me interpelaba, me interpretaba–. Es como en la cuestión de lo que cierra o no cierra de hace un rato. Es relativo: hay quienes se pasan si se tiran un pedo; para otros, el límite es el crimen, o ni siquiera.

–Me separé –lo interrumpí bruscamente–: rompí la familia.

–Ah... –y se contuvo.

Me di cuenta de que temía ser duro o sincero o cínico o todo junto.

–Mejor diga "se me rompió" la familia... –precisó finalmente–. Porque usted, Pirovano, no la rompió. No agarró un bufoso y diezmó la prole... Usted hizo demasiada fuerza y *¡tras!*: la familia se le rompió. Además, si algo se rompe es porque puede romperse y usted sabe bien que lo que dura no sirve, sólo resiste...

–No me haga literatura, Etchenique, que de eso ya tengo de sobra con un viejo profesor, el autor del libro de quinto año: *Literatura Argentina e Hispanoamericana*, de Pirovano y Raggio... En el living de mi casa había tantos libros que yo los apilaba para hacer los arcos.

–¿Y su padre?

–Con tal de que no rompiera nada me mandó a Platense. Hice todas las inferiores. Así que mientras estudiaba Letras era titular de tercera y suplente de primera. A Vicky la conocí en la facultad, teníamos diecinueve años, ella estudiaba Sociología; militábamos tan despreocupadamente como cogíamos: ella quedó embarazada y los viejos progres nos bancaron. Fermín, mi hijo mayor que ahora vive en España, nació en el '74. Justo cuando yo me había consolidado en primera, a fines del '75, amenazado mi viejo por la Triple A, nos fuimos todos a España, a Barcelona.

El viejo no duró mucho; a los pocos meses se murió más de tristeza que de otra cosa. Yo estaba muy enojado con toda esa mierda que nos había arruinado la vida. Pero tenía el fútbol. Mientras Vicky siguió y terminó su carrera, yo largué las letras y jugué en el Español de Barcelona un par de años. Me fue bien. Dolores nació en el '78 y fue un año raro. Durante el Mundial de Argentina Vicky estaba embarazada, hipersensible, y discutíamos mucho: yo disfrutaba con los triunfos y ella decía que era el "Mundial de los asesinos". No fue fácil. Y todo se complicó cuando la transferencia a Colombia, en el ochenta. La guita era buena pero me di cuenta de que la arrancaba de un ambiente que era suyo para llevarla a Cali sólo porque me había ofrecido un buen contrato el América.

Futbolísticamente, fueron los mejores años en términos de plata: cobraba bien, ganábamos seguido y todo el mundo nos respetaba como equipo. Después de un año flojo me vendieron al Barranquilla y Vicky estuvo a punto de no acompañarme: tenía ganas de volver. Acá se caía la dictadura y había otro aire...

–Y ahí fue "The Goalkeeper Day" –intuyó el veterano.

–Ahí fue que conocí lo que era la mafia y la violencia: durante esos años, mientras yo leía los suplementos deportivos, Vicky seguía las hazañas un poco devaluadas del M-19, los desplantes de los Escobar y compañía.

–¿Y usted no me va a decir que no sabía...?

–Sabía, sí. Pero no me había tocado estar del lado débil.

El veterano me apoyó la mano viejita sobre el guante de Dasaev:

–¿Quién fue? –como si estuviera dispuesto a salir en ese mismo momento a cascar al responsable.

–Cualquiera. Para la prensa, un hecho aislado producto de un grupo de fanáticos desplazados de la barra brava del perdedor; para mi abogado, los tipos que manejaban la apuesta clandestina, que es muy grande. Para la ley, nadie. Pero lo que me sublevó fue que no se investigara la conexión con el intento de soborno. Finalmente, después de dos días me había quedado solo hablando del tema. Mi "último gesto" fue ir a la televisión a mostrar los dedos rotos y exigir una investigación. Esa misma madrugada me volaron la casa...

Etchenique fue a decir algo pero ni se animó.

–Felipe quedó sordo del oído derecho por la explosión y Vicky tuvo un corte bajo el ojo izquierdo. Al día siguiente se vino a Buenos Aires con los chicos después de haberme reputeado salvajemente.

–¿Y usted, qué hizo?

–Ya le dije que me volví loco... Con unos pocos datos que tenía me fui solo detrás de los tipos, hacia el sur. Estaba seguro de que los iba a encontrar. Para la policía yo era una especie de sospechoso porque no respondía a citaciones y había abandonado la casa después de la explosión. Pero la búsqueda fue una locura. Terminé perdido en la selva, con la herida infectada por la falta de cuidados. Después de dos días de fiebres y delirios me salvaron los indios galochas.

–¿Galochas? –dijo el veterano con sonrisa incrédula.

–Bueno... Algo así: me curaron con yuyos en una semana de dura lucha.

–Tu vida y tu elemento... –me tuteó por primera vez Etchenique.

–Y no sabés...

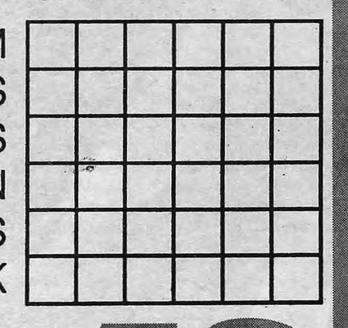
Mañana: **18. La conexión.**

Juegos

ACOMODO

Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.

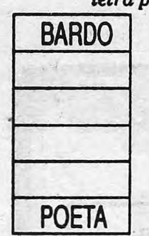
CREAM
DOORS
KISS
QUEEN
YES
ROCK



Acomodo (solución, impresa invertida): CREAM / DOORS / KISS / QUEEN / YES / ROCK

ESCALERAS

Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez.



ASNO

MULA

Escaleras (solución, impresa invertida): Bardo, pardo, parto, parta, porta, poeta. B. Asno, aúno, aúna, aula, mula.

CRUCIGRAMA

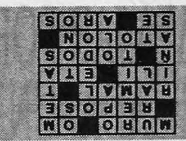
	1	2	3	4	5	6	7
1					■		
2	■						
3						■	
4				■			
5		■					
6							■
7			■				

HORIZONTALES

1. Pared./ Símbolo sánscrito del brahmanismo.
2. Descansé.
3. Parte del ferrocarril que arranca de la línea principal.
4. Río de Asia central./ Letra griega.
5. Dícese de algo considerado entero (pl.).
6. Isla de coral en forma de anillo.
7. Conozco./ Argollas.

VERTICALES

1. Reyertas, peleas.
2. Río que nace en los montes Urales./ Consonante.
3. Envío.
4. Bobo./ Oleada, afluencia.
5. Que exhala olor.
6. Osmio./ Mayor o menor elevación del sonido.
7. Término de una carrera (pl.).



PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una cifra en cada casilla de modo tal que cada casilla obtenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan en cada caso, algunos números ya indicados.

143

45 30

21

11 7

8

2